

¿CONGREGACIÓN O COMUNIDAD?

INTRODUCCIÓN

Hoy estamos concluyendo las actividades de la Comunión Apostólica Internacional. Esta compañía apostólica nació hace 23 años en Italia. El nombre de este movimiento en inglés es Apostolic Fellowship International (AFI). Cada año escogemos un país para llevar a cabo dos actividades: una Consulta Apostólica y una Conferencia para Pastores.

El miércoles y jueves tuvimos nuestra Consulta Apostólica en un hotel de Vitoria, gracias a la gestión de nuestro amado Vince, que es miembro del Comité Ejecutivo de AFI.

Quién nos preside AFI es nuestro amado Giovanni Traettino, que está con nosotros esta mañana.

El tema de la Consulta, establecida con anticipación, fue: *IGLESIA-COMUNIDAD*.

Esta Consulta, de la que participaron apóstoles y pastores de los cinco continentes, fue muy impactante. Uno de los predicadores principales fue nuestro querido hermano Carlos Mraida, con el que mantengo una profunda amistad desde hace más de 30 años. Ambos vivimos en Buenos Aires.

La palabra que compartió fue de un alto nivel teológico, bíblico y, a la vez, profético.

En esta mañana me gustaría referirme a lo que Carlos compartió y subrayar algunas verdades que produjeron en mí un fuerte impacto. Tengo la certeza de que esa palabra marca nuestro destino, aquello que tenemos que alcanzar aquí en la tierra para que este mundo crea que Jesús es el Hijo de Dios.

No pretendo en este mensaje ser original sino destacar algunas de las cosas que predicó Mraida, y sugerir desde su mensaje algunas líneas de acción pastoral.

INDIVIDUALISMO

Vivimos en una sociedad cuya característica principal es el *individualismo*. En las últimas dos décadas pasamos a un *hiper-individualismo*. Y rápidamente estamos yendo hacia un *individualismo salvaje*, según los términos de nuestro hermano Carlos.

El egoísmo del corazón humano hace muy difícil la convivencia social. Los gobernantes, las naciones no encuentran el camino, la solución. El centro de la vida de cada uno es su propio yo. Dinero, placer, casa, auto, empresa, toda actividad y esfuerzo tiene un centro: el YO.

La población mundial va creciendo, y las principales ciudades del mundo son los espacios donde se concentran las poblaciones. Son millones los que viven en una misma ciudad. Sin embargo, los individuos están cada vez más aislados los unos de los otros. Es muy triste la soledad que sufren millones de personas, aunque convivan en una ciudad con millones de habitantes.

Existe en la sociedad un exacerbado materialismo. Como dice la Biblia, la raíz de todos los males es el amor al dinero. La avaricia y el sexo libre tienen como única meta la satisfacción personal, ignorando a los demás. Abundan las peleas, la violencia, la corrupción. Los gobiernos no encuentran cómo aquietar a las masas. La brecha entre ricos y pobres es cada vez mayor. Los ricos son cada vez más ricos, y los pobres cada vez más pobres.

Esta no es la sociedad que Dios soñó. El plan que Dios se había propuesto para la humanidad desde antes de la creación del mundo es diametralmente opuesto a lo que hoy estamos presenciando en nuestra sociedad. El proyecto que nació en el corazón de Dios era que la sociedad humana fuera una verdadera familia. Que nos amáramos los unos a los otros, que hubiera unidad entre los hombres, relaciones sanas fraternales. Lo que Dios planeó es que todos fuéramos sus hijos, y que, teniendo a Dios como padre, viviéramos como hermanos.

Pero infelizmente el pecado entró, y con el pecado la muerte. Muerte significa separación. El hombre fue separado de Dios y separado de su prójimo. Y así nacieron los odios, los crímenes, las guerras, los robos, la avaricia, el adulterio, el divorcio; todas ellos diferentes expresiones del egoísmo del corazón del hombre caído.

A este mundo en tinieblas, a este mundo en pecado, amó Dios. Y lo amó tanto que envió a su Hijo para cambiar nuestra suerte, para cambiar nuestro corazón, para sacar de nosotros el pecado, y extirpar el egoísmo arraigado en el corazón del hombre.

EL LLAMADO DE JESÚS A UNA CONVERSIÓN RADICAL

El llamado de Jesús a todos es: *Sígueme*.

Mateo 16.24:

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”

Este llamado de Jesús, de negarse a uno mismo, implica el fin del egoísmo. Tomar la cruz y seguir a Jesús apunta a ser como él, es decir, estar dispuesto a morir a favor de los demás.

Cuando le preguntaron a Jesús cuál era el mandamiento más grande, Jesús respondió: *“Amarás al Señor con todo tu corazón”*. No le preguntaron cuál era el segundo mandamiento, pero Jesús agregó inmediatamente: *“Y el segundo es semejante, amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. (Mateo 22.34-40).

Este llamado de Jesús a una conversión radical apunta a quitar el egoísmo del corazón humano para transformarnos, por el poder del Espíritu, en hombres y mujeres semejantes a Jesús.

El propósito eterno de nuestro Padre es tener una familia de muchos hijos semejantes a Jesús. El desea que seamos familia, no simplemente individuos perfeccionados. Ser familia es consecuencia de ser semejantes a Jesús. En la medida en que nos parezcamos a Jesús nos volvemos una verdadera familia, nos volvemos iglesia-comunidad.

¿Qué es la iglesia? Hemos aprendido, desde hace muchos años, que la iglesia no es el edificio donde nos reunimos, la iglesia somos nosotros. ¿Y qué somos? Somos una familia; la familia de Dios; hijos de Dios; hijos del mismo Padre; por lo tanto, somos hermanos. Esta es nuestra identidad eterna: hijos de Dios y hermanos los unos de los otros.

El apóstol Pablo hace una descripción muy precisa cuando habla en primera persona plural en Romanos 14.7-8:

*“Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del **Kyrios** somos”*.

Esto es la descripción de un verdadero cristiano. *Ninguno de nosotros vive para sí.*

- ¿Cuál es la característica de aquel que no está en Jesús? - Que vive para sí.

- ¿Cuál es la característica, según Pablo, de aquel que ha nacido de nuevo, que está en Cristo, que ha experimentado una verdadera conversión, que reconoce a Jesús como Kyrios? - Que ya no vive para sí mismo.

Aquel que no está en Cristo dice: “Todo lo que tengo es mío, es por mí y es para mí. Mi vida, mis riquezas, mi tiempo, mis capacidades, todo es mío, por mí y para mí”.

En cambio, Jesús dice: “*Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* (Lucas 14.33).

Este evangelio completo nos transforma en discípulos. ¿Qué es un discípulo?

-Un alumno. El objetivo de un alumno es aprender. ¿Qué debe aprender?

-A ser como Jesús. Un discípulo quiere ser como su maestro.

En 2 Corintios 5.14-15 y 17, Pablo explica esto mismo con otras palabras.

*“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto:
que si uno murió por todos, luego todos murieron;
y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí,
sino para aquel que murió y resucitó por ellos.*

...

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

El amor de Cristo nos constriñe. ¡Qué verbo! Es muy antiguo. ¿Qué significa constreñir? Que nos obliga sin obligarnos. Es una obligación moral, espiritual.

¿Cuántos murieron? Todos. Y él murió por todos para que los que viven ya no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Jesús murió para que no vivas más para ti mismo.

Nosotros hemos muerto a cinco cosas, y la última es la más fuerte:

- Hemos muerto al pecado (Romanos 6.2).
- Hemos muerto al viejo hombre o a la carne (Romanos 6.6 y Gálatas 5.24)
- Hemos muerto a la ley (Gálatas 2.19-20)
- Hemos muerto al mundo (Gálatas 6.14)
- Hemos muerto a nosotros mismos; para no vivir más para nosotros sino para aquel que murió y resucitó por nosotros (2 Corintios 5.14-15).

En el versículo 17, Pablo dice:

*“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es;
las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.*

Antes de mi conversión yo era muy peleador. Si en la calle había una pelea, uno de los dos era Jorge Himitan. Era muy rebelde con mis padres, mentiroso, blasfemo, boca sucia, ladrón. Cristo cambió mi vida. ¡Aleluya! Pero el cambio más importante que se produce en un convertido, no es que ya no adúltere, no robe, no diga malas palabras, etcétera. El cambio más importante es que ya no vive para sí mismo sino para Cristo. Yo conozco muchos “convertidos” o “semiconvertidos”, que dejaron los pecados morales y visibles, pero en el centro de sus vidas siguen estando ellos mismos. Todo lo que tienen sigue siendo de ellos. Todo esfuerzo es para ellos. Pero la palabra de Dios nos enseña todo lo contrario: Que “... **De él, y por él, y para él son todas las cosas**”. (Romanos 11.36).

Si la conversión no ataca el centro, no es una conversión completa. El centro es mi muerte. **Es negarme a mí mismo, tomar mi cruz y seguir a Jesús.** Perder la vida para ganarla.

ENCARNAR LA PALABRA

Jesús les dijo a sus discípulos: “*Ustedes son la sal de la tierra ... ustedes son la luz del mundo*”. Queridos hermanos, sólo nos transformamos en sal y luz si encarnamos el sermón del monte. Ese es el catecismo básico, la *didaké* del reino. En la medida en que practiquemos lo que dice el sermón del monte, nos transformaremos en la luz del mundo. Pero si el individualismo que predomina en la sociedad también subsiste en la iglesia, la sal ha perdido su sabor y no sirve más para nada sino para ser despreciada por los hombres.

Alexia Salvatierra (decana académica del Centro Latino y profesora asociada de misión y transformación mundial en el Seminario Teológico Fuller), en su artículo *El evangelio completo y la organización comunitaria*, publicado por el Movimiento Lausana, escribe: “Cuando mi hija estaba en la escuela secundaria, trajo a casa a una amiga que se había criado en un hogar sin ninguna afiliación ni formación religiosa. La chica me dijo: ‘Tengo cierto interés en Jesús, pero solo si realmente hace una diferencia en el mundo’. Ella tenía el deseo de conocer a Jesús si ese conocimiento tuviera algún significado para hacer del mundo un lugar mejor”.

En ese punto se encuentran muchos de los jóvenes de las naciones. Los políticos, los gobernantes ya han gastado sus diferentes teorías para cambiar el mundo. Todas esas teorías han fracasado. Ni la derecha ni la izquierda...

Jesús nos sigue diciendo: “*ustedes son la luz del mundo*”. Nosotros tenemos la solución: El evangelio puede cambiar el mundo, pero primero tiene que ser encarnado en la iglesia. El verbo se hizo carne. Si tenemos buenas teorías, buenos conceptos sobre el reino, una teología cien por ciento bíblica, pero está en el aire, y es

solo teoría; no tenemos solución para ofrecerle al mundo. Debemos encarnar la palabra.

Si el individualismo, el egoísmo, la avaricia, la lascivia que prevalece en el mundo, se perpetúa en la iglesia, no hay esperanza para la humanidad.

EL EJEMPLO DE UNA IGLESIA-COMUNIDAD

Vamos a Hechos capítulo 2. Veamos lo que produce en la sociedad el evangelio encarnado.

Hechos 2.42

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”.

Confieso que por mucho tiempo interpreté este texto pensando que “perseverar en la doctrina” significaba seguir la secuencia de la lección N° 1, N° 2, N° 3, y siguientes, hasta completar todas. Es bueno que hagamos eso. Pero, escuchando a Carlos esta semana, comprendí que “perseverar en la doctrina” significa más bien practicar la doctrina que está siendo enseñada. Acaso, ¿No fue eso lo que Jesús indicó al decir: “enseñándoles a que guarden todas las cosas que os he mandado”? (Mateo 28.20).

Entonces, observemos lo que pasó en aquella iglesia como consecuencia de haber encarnado la palabra.

Hechos 2.44-47:

“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”

ESTA NO ES UNA MERA CONGREGACIÓN ES UNA VERDADERA COMUNIDAD, UNA FAMILIA.

Es el resultado de predicar un evangelio completo, de una conversión radical y de perseverar en la doctrina. El amor de Dios ocupó el lugar central de sus corazones y eso acabó con el individualismo y transformó a estos tres mil individuos en una verdadera comunidad.

¡Qué desafío tenemos! Ser iglesia, ser familia. Y no simplemente una congregación.

Muchas veces somos “hermanos en la misa, pero no en la mesa”. Aquí eran hermanos en la misa y en la mesa. Se visitaban unos a otros, comían juntos en las casas. Eran una verdadera familia. El pobre ya no lloraba más. Ningún niño se acostaba con hambre. Los que vivían aislados o solos, ahora tenían familia.

Queridos hermanos, la iglesia que vive el reino es la respuesta de Dios para esta sociedad enferma de individualismo.

Nuestra meta es ser como Jesús. Pero ¿cómo es Jesús? Él era el único hijo de Dios, heredero de todo, de lo material y de lo inmaterial. ¿Acaso Jesús le dijo al Padre?: “Bueno Padre, yo voy a morir por el pecado del mundo. Ellos se convertirán, sus pecados serán perdonados, pero ten bien presente que el único hijo soy yo; eso es innegociable. Está bien salvarlos del infierno, darles la bienvenida al cielo, pero yo soy y seré tu único hijo y el heredero de todo”. ¿Fue eso lo que dijo Jesús? Todo lo contrario.

Jesús nos hizo hijos del Padre, dándonos el mismo estatus que él tenía. Nos hizo herederos de Dios y co-herederos con él de todo. Nos hizo *hermanos en la misa y en la mesa*. Nuestra meta es ser como él.

NUESTRA IDENTIDAD

Nuestra identidad procede del Padre. Nuestra identidad presente procede de la eternidad pasada. Aquello que el Padre soñó, deseó, y se propuso en sí mismo desde antes de la creación del mundo.

Nosotros que no somos hijos de Dios por naturaleza, sino criaturas de Dios. Fuimos formados del polvo de la tierra. El único Hijo de Dios por naturaleza es Jesús. Por eso se lo llama Unigénito. Él tiene la misma naturaleza de Dios. Nosotros, habiendo sido tomados del polvo de la tierra, fuimos escogidos por el Padre de Jesús desde antes de la fundación del mundo para ser santos y sin mancha. En amor nos predestinó para adoptarnos como hijos suyos por medio de Jesucristo.

Nuestra identidad presente viene de la eternidad pasada. Somos hijos adoptivos de Dios. Pero para que esa adopción no sea un simple protocolo, Dios mandó el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, por el cual clamamos “Abba Padre”. Podemos llamarle “Padre” con el mismo Espíritu que Jesús. Somos hijos adoptivos, pero como su Espíritu está en nosotros, fuimos hechos participantes de la naturaleza divina.

Nuestra identidad presente proviene de la eternidad futura. ¿Qué seremos en la eternidad? – La familia de Dios; hijos de Dios, hermanos unos de otros. En el cielo no seremos pastores o apóstoles. El título más honorífico que podemos tener es el de ser hijo de Dios.

¿Qué seremos en la eternidad futura? ¿Alguien allá tendrá hambre? ¿Habrá pobres? ¿Habrá pecado? ¿Habrá lágrimas? ¿Habrá pentecostales, bautistas, de la Asamblea de Dios, de la Comunidad? No, esa es nuestra identidad presente.

Una vez John Wesley tuvo un sueño. Recibió una visión del infierno y después del cielo. Un ángel lo llevó hasta las puertas del infierno. Al ver el dantesco cuadro del infierno quedó horrorizado y preguntó:

“¿Aquí hay católicos?” “- Sí, muchos”, respondió el ángel.

“¿Y hay anglicanos?”

“- Sí, muchos”, le dijo.

“¿Y hay bautistas?”

“- Sí muchos”.

Como él era el fundador del metodismo, preguntó con temor: “¿Y hay metodistas?”

“- Sí hay metodistas”, le contestó.

Después el ángel lo llevó a las puertas del cielo. Y preguntó:

“¿Aquí hay católicos?”

“- No, ninguno”.

“¿Y anglicanos?”

“- No”.

Y con temor preguntó: “¿Entonces son todos metodistas?”

“- No, aquí no hay ningún metodista”.

“¿Y quiénes son estos?”

La respuesta fue: “- Son los lavados por la sangre del Cordero”.

Voy a contar otro sueño. Yo no recuerdo si el que lo soñó fue John Wesley o algún otro de aquella época. El caso es que el ángel también lo llevó a las puertas del infierno, y vio allí una mesa muy larga con millones y millones de personas sentadas a los dos lados de la mesa. Todos eran débiles, flacos, raquíticos, demacradas, tristes, con hambre. En la mesa había comida abundante, todo tipo de comida, pero ellos desfallecían de hambre. “¿Qué pasa?”, preguntó. Y el ángel le dice: “observa bien”. Y vio que todos los que estaban allí tenían los codos rígidos y los brazos rectos sin poder doblarlos. Por eso no podían llevarse el alimento a la boca.

Después el ángel lo llevó a las puertas del cielo. Y allí vio otra vez una mesa larga llena de comidas sabrosas, Todos se veían saludables, alegres, como en una verdadera fiesta. “Ah, ya sé”, pensó este hombre, “estos no deben tener los codos rígidos por eso pueden comer bien”. Pero el ángel le dijo: “No, no, observa bien”. Todos tenían también los codos rígidos. ¿Entonces? Cuando empezaron a comer observó con asombro que cada uno tomaba la comida que estaba en la mesa y se lo acercaba a la boca del hermano que tenía frente de él. ¡Qué maravilla! Esa es la iglesia. Y así debe ser la iglesia que está en el mundo. No más pobres, no más gente que sufre, las lágrimas son enjugadas, los tristes son consolados. ¡Ha llegado el reino de Dios a la tierra!

La esperanza de las naciones es Cristo en nosotros. Él en nosotros es la esperanza de gloria. Si el individualismo y el materialismo que hay en el mundo, subsiste en la iglesia es porque estamos predicando una conversión incompleta, y no estamos perseverando en la didaké, en la doctrina del Señor. Nuestro verdadero desafío es ser una verdadera familia, una verdadera comunidad.

CONCLUSIÓN

Voy a leer el último texto, Isaías 2.2-3.

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.

Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová”.

¡Esto es tremendo! ¡Hay esperanza para las naciones!

A mí me gusta mucho la primera palabra con la que comienza este versículo: “Acontecerá”. Esto nos asegura que lo que dice la palabra se cumplirá. ¡Aleluya!

Pregunto, ¿cuál es *la casa de Jehová*? - La iglesia.

Una iglesia que persevera en las enseñanzas del Señor será levantada en medio de las naciones. Las naciones agotarán todos sus recursos, sus teorías, sus ideologías, sus economías y nada saldrá bien. Finalmente, las naciones, cansadas de sus reiterados fracasos, al ver a la iglesia como una comunidad alternativa, al ver a la iglesia como una familia verdadera, vendrán y dirán: “Vengan, subamos a la iglesia y ella nos enseñará el secreto que tiene, y nosotros vamos a andar en sus caminos”.

¿Lo creés? Yo también lo creo. Y si lo creés, puedes proclamar conmigo: ¡Acontecerá! ¡Va a ocurrir! Decláralo. Que lo escuche el mismo Satanás.

CONCLUSIÓN PARA PASTORES

Queridos hermanos pastores. Tenemos que trazar nuevas líneas de acción pastoral. Lo que tenemos hasta ahora no es suficiente. Primero nosotros los pastores tenemos que transformarnos en modelo de aquello que queremos ver en los discípulos.

Benditos son todos aquellos que son fieles en dar sus diezmos al Señor. Pero no es suficiente con dar los diezmos. El diezmo es lo mínimo. Tenemos que desarrollar un pastorado más cercano a las bases. Tenemos que recorrer, visitar las casas de los hermanos. Conocer la condición integral de ellos. No sólo la condición espiritual, sino familiar, laboral, la condición económica. ¿Cuántos hijos tienen? ¿La casa es muy pequeña o muy pobre? Es necesario que hagamos un relevamiento de todas las familias de la congregación. Los pastores solos no conseguiremos hacerlo. Necesitaremos de los diáconos, colaboradores, servidores.

Tenemos que tener una nueva visión sobre la tarea pastoral. Nuestra meta es transformarnos en una verdadera familia, en la que no haya necesidades de ningún tipo.

Nuestros próximos pasos:

- Predicar el evangelio del reino
- Guiar a los que evangelizamos a una conversión completa
- El bautismo tiene que significar morir y resucitar de modo que no vivamos más para nosotros sino para el Señor y para nuestros hermanos.
- Tenemos que practicar la doctrina en el poder del Espíritu Santo, sino es imposible.
- “Todos juntos y por las casas”. Resultan fundamentales los grupos pequeños, y a través de ellos conocer el estado de cada uno.
- Debemos tener un conocimiento del estado integral de las ovejas. Crear actividades que nos ayuden a ser familia. Desarrollar programas para ampliar las casas de los hermanos pobres, especialmente los que tienen muchos hijos.

Necesitamos tener un plan completo. Debemos avanzar despacio, pero con un plan a largo plazo.

Tenemos que desarrollar planes de viviendas para algunas familias. O de ampliación de casas. No nosotros los pastores, sino aquellos hermanos que tengan capacidad de hacerlo. Tenemos que convocar a hermanos empresarios, a profesionales con capacidad para emprender, planificar, recaudar fondos.

Tenemos que promover el desarrollo humano en todos los niveles. Enseñar oficios, enseñar administración. Ayudar a iniciar pequeños emprendimientos. Crear un fondo de préstamos inteligentes. Ofrecer asesoría, capacitación. De lo contrario

algunos hermanos estarán condenados a ser siempre pobres y vivir de las limosnas de la iglesia. Ellos necesitan ser ayudados a salir de la pobreza, recuperar su dignidad como personas. Deben aprender un buen oficio, tener un trabajo para sustentar dignamente a su familia. Tenemos que ofrecer asesoría, capacitación.

La mayoría de las personas de la sociedad no comprenden nuestros cultos. Nuestros cultos son maravillosos, pero ellos no los comprenden. Tampoco entienden nuestras prédicas. Pero hay una cosa que la sociedad comprende muy bien: Nuestras buenas obras.

Jesús dijo: *“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen al Padre que está en los cielos”* (Mateo 5.16).

Luego llegarán a comprender nuestros cultos y se convertirán en adoradores. Más adelante comprenderán que Jesús murió por nuestros pecados. Pero la puerta de entrada no es esa, la puerta de entrada son las buenas obras, la ayuda humanitaria, que entre nosotros no haya pobres.

Los vecinos, los parientes, de aquellos a quienes la iglesia les ayuda, dirán: estos sí que son verdaderos cristianos. Muchos tienen la idea de que la iglesia es un lugar en el que el pastor vive en la opulencia, les saca los diezmos y ofrendas a las personas, y eso las escandaliza y las ofende. Pero si el mundo ve que la iglesia bendice, ayuda, favorece, da a las personas. Si la gente ve que la iglesia no es para recibir, sino para dar, entonces el mundo va a creer.

Carlos Mraida tocó la trompeta. Dio una palabra profética. Marcó la dirección hacia donde debemos ir. Y si tenemos éxito en encarnar esta palabra, habrá esperanza para las naciones.